

de Porlier, ó à sabiendas de su contenido, le atribuye cosas que no se hallan en ella. A la sombra de esta imputacion, declama en su discurso contra varios hechos, dichos y planes, ajenos de la sana intencion de aquel patriota. Su manifiesto no trata sino de gobierno, constitucion y córtes; pero su declamador antagonista en la pepitoria del fanatismo le atribuye como consecuencias del nuevo orden político, cismas, heregias, y reformas religiosas, que gratuitamente impugna sin venir al caso. Entre otras interrogaciones, deducidas de sus falsos supuestos, es mas notable la siguiente. *¿Que se vilipendiase aquella misma religion, que golpeada y perseguida, la ha conservado pura en sus pechos (la nacion española) en los contrastes mas furiosos, y que la hace florecer la religiosidad, mansedumbre, y virtud ejemplar del mejor de los reyes?* Son palabras de su Señoría ilustrisima; pero palabras adecuadas al concepto equivocado que él tiene formado de la religion. El fantasma concebido en su cabeza y explicado con la voz *Religion*, es el único que podia ser vilipendiado, golpeado y perseguido en los contrastes mas furiosos, excitados por miras ambiciosas y políticas, cuando ya no se hacia la guerra de religion, ni à nombre tuyo se asesinaban, y quemaban los hombres en la Europa. A este solo fantasma de religion es dado florecer por la religiosidad, mansedumbre y virtud ejemplar de aquel, à quien llama el obispo de Ceuta *el mejor de los reyes*, y con razon, siempre que sean virtudes los vicios, siempre que merezcan el titulo de religion los simulacros de ella, las apariencias y ceremonias del culto exterior. He aquí la religiosidad de Fernando, su mansedumbre y virtud ejemplar. Esta es la religiosidad de su panegirista. Pero la santidad y virtud que son el alma de la religion, desterradas andan de su corazon. A las obras me remito: à las jornadas del Escorial, Aranjuez y Bayona; al memorial que antes de ella escribió à su padre contra el valido; à la estacion de Valencey: à su regreso à España: à su decreto de Valencia: à su entrada en Madrid: à su ingratitud contra quienes tanto hicieron por salvarle, y precaverle de la reincidencia en el poder arbitrario. Me remito à su conducta con los países insurrectos de ultramar: sobre todo, à las amarguras que ha causado à sus padres, desde el acontecimiento del Escorial.

Para el criterio de la religiosidad de su orador me basta el tenor de su laudatoria, sin necesidad de meterme en Ceuta ni en su palacio. Me basta copiar el apóstrofe y finiquito de ella. «Si nos acercamos à los altares, (dice) ha de ser para adorar con espíritu de humildad y reconocimiento à aquel Dios, que tanto nos ampara; aquel por cuya eterna disposicion viven los reyes largos y dilatados, como felices años, y florecen los reinos en justicia y equidad; aquel mismo, que los protege de los malos; que los acompaña en las tribulaciones; y que tomados de su derecha, ablanda sus corazones para la clemencia, y los hace fuertes para ejercitar à pesar suyo la justicia.» «Hagámoslo así, y penetrados de aquel amor sagrado, que inspira la religion divina hacia los reyes y autoridades supremas, suban al cielo nuestros humildes ruegos por la salud y felicidad de nuestro amado soberano Fernando, y por los serenísimos señores Infantes. Así lograrémos, hijos míos, tiempos tranquilos, y bajo sus auspicios la iglesia santa respirará de las angustias y tribulaciones pasadas, florecerá la monarquía española, invencible à tan fieros asaltos, y tendrèmos todos el consuelo de transmitir à nuestros descendientes la dignidad de Españoles en todo su esplendor, diciendoles: «Ved aquí hijos, la herencia de nuestros padres.

He aquí, Dios mio, nuevo método para levantar hacia vos nuestras almas y pedirnos mercedes. Ya no hay necesidad del que nos dejó Jesucristo en su Evangelio. Es preciso mandar que se recoja, y archive en Simancas el formulario que compuso este Señor, para enseñarnos à orar; y que no use de otro sino del que guardase conformidad con el plan que propone el obispo de Ceuta. Comparados ambos, hallamos en el antiguo mucho republicanismo é imperfeccion. Ninguna memoria se hace en el de los reyes, ni del sagrado amor que inspira la religion hácia ellos. Toda la oracion dominical está respirando igualdad, concordia, y fraternidad. Ni siquiera por hacerse en ella meacion del reyno de la Gracia, y de la gloria, se mitiga el espíritu republicano, ni se acuerdan de los monarcas de la tierra. ¡Qué omision olvido ó negligencia! ¡Ignoraria el salvador que la religion consagraba sus derechos y personas del modo mas sublime y celestial, y que ella nos inspiraba el amor sagrado de que debiamos penetrarnos para con

su real Magestad? Ni en el Paternoster, ni en otra parte del Evangelio estaban espresados los oficios que practicais en favor de los reyes. Para ellos solos estaba dispuesto en el libro de la eternidad que viviesen largos, dilatalos como felices años: por contemplacion á ellos solos es que haceis, que florezcan sus reynos en justicia y equidad: ellos son tus predilectos en la proteccion contra los malos: ellos solos son los que merecen que tu los acompañes en las tribulaciones, los demas atribulados deben acudir á tí para ser confortados. *Venite ad me, omnes qui laboratis, et onerati estis ego reficiam vos.* Los reyes estan exceptuados de este llamamiento, tú eres quien debe salir á buscarlos para acompañarlos en sus tribulaciones. Ellos tienen el corazon tan duro, que para ablandarlos á la clemencia, es menester que tú los tomes con tu diestra; pero para que ejerzan á pesar suyo la justicia, necesitan ser fortalecidos por tu misma diestra, estando asidos de ella.

«Ved aqui Españoles, el suplemento de vuestra constitucion, ó un *quid pro quo* de ella. Ya vuestros reyes no necesitan de trabas constitucionales. Nunca mas trabados que ahora que Dios los toma de su derecha, y los apremia para que sean justos y clementes. Un mismo corazon tan duro para la clemencia, y tan blando y debil en la administracion de justicia, exige toda la diestra del omnipotente para que sea fortalecido en esta parte, y ablandado para el ejercicio de aquella otra virtud. ¡Qué ignorantes de esta doctrina han estado todos los pueblos, que tanto han luchado y trabajado para contener á sus gobernantes por medio de una buena constitucion! O la ignoraba tambien Moyses, cuando en el c. 17. del Deuteronomio, prepara muy de antemano las trabas que el pueblo habia de imponer á sus reyes; ó tu derecha entonces no tenia tal empleo. Al obispo de Ceuta toca disolver este dilema. Tomar de la diestra, y apremiar con ella al monarca para que á pesar suyo sea clemente y justo, nada menos quiere decir en el lenguaje de la teología, que el que los reyes de este tiempo tienen á su disposicion un fondo inagotable de auxilios eficaces para obrar siempre justicia y clemencia. Quieran ó no quieran han de ser clementes y justos. Esta es consecuencia necesaria de la eficacia de tales auxilios. Hasta ahora el comun de los teólogos ignoraba esta afluencia de auxilios eficaces. Auxilios suficientes eran los que antes

ocupaban indistintamente el lugar declarado á los eficaces por el obispo de Ceuta. Tan escasos eran estos antes del descubrimiento de esta mina, que apenas los hallaba el teólogo en la conversion de Saul, en la de la Magdalena, buen ladron, y otros raros. Pero el obispo de Ceuta quiere que sus modernos ídolos sean mas privilegiados que todos los antiguos. A este fin, con cierto aire de predileccion y cuidado, va distinguiendo á los suyos del resto de los hombres: y adjudicándoles como propios y peculiares, unos beneficios comunes á todos vuestros hijos, á todas vuestras imágenes y semejanças, á todas las naciones y gobiernos.

Se trasluce bien su idea, cuando confunde las angustias y tribulaciones de una grey, que tanto fruto saca de ellas, los negocios de estado, que han agitado y agitarán siempre á las naciones. Por deslumbrar á la gente vulgar, por sacar partido de ella, y mantenerla en la ilusion, es que insiste aquel prelado en el abuso de convertir en puntos de religion y de iglesia, las cosas mas indiferentes, los asuntos de gobierno y de política, totalmente inconexos con los religiosos y eclesiásticos; pero que sofisticamente manejados y confundidos, producen la tranquilidad á que aspiran los tiranos: tranquilidad de sepulcros, desiertos y mazmorras. *Miserrimam servitutem pacem appellant:* contra la cual cada uno de nosotros debe decir. — *Malo periculosam libertatem, quam quietum servitium.*

Yo quisiera saber cuando fue que nació la religion que en dictamen del obispo nos inspira un amor sagrado hácia los reyes y autoridades supremas. No lo veo escrito en las tablas del Decálogo, ni en el c. 17 del Deuteronomio. Tampoco lo hallo recomendado en el evangelio. El hombre, como tal; en todas partes, mira escrita la ley de amar á sus semejantes, como tales, como hermanos, y como hijos todos de Dios. En el gran libro de la naturaleza, en las escrituras de uno y otro testamento esta gravado este deber sagrado: y no esta colocado entre los preceptos religiosos, sino entre los morales. Sea en horabuena sagrado este amor, como derivado de una ley sagrada, como dirigido á una criatura sagrada tal como el hombre. Pero no sea de nuestro número quien, despojandole de sus atribuciones divinas, pretenda mayorarlas todas en determinados individuos y familias. En niaguna parte veo precepto especial de amar al hombre.

no como hombre, sino como dotado de otras calidades adquiridas por su industria, fortuna ó contratos. El hombre natural, no el hombre artificial, si puedo explicarme así, es el objeto de nuestro amor sagrado. El hombre carpintero, notario, gladiator, asesino ó rey, no es el hombre de la naturaleza sino del arte. ¿Cómo pues podrá ser el objeto natural de un amor inspirado por una virtud natural? Si yo amo á un vecino honrado, y como tal le confío la administración de mis intereses, superfluo sería el prevenirme que le amase como administrador. Por consecuencia necesaria de la nueva relación contraída en este encargo, y mucho mas por su fiel desempeño, naturalmente viene el incremento de mi amor. Pero querer que el grado accidental de amor adquirido por el nuevo contrato, sea de mejor condición, que el amor que nos sirvió de base para entrar en nuestras relaciones industriales, es querer invertir el orden de la naturaleza y gracia; es querer que en esta línea lo accesorio sea mejor que su principal; es querer que el amor de complacencia sea de mejores quilates que el amor de benevolencia. Muy poco honor haría á cualquier comisionado, el que para ser amado de sus comitentes fuese necesario imponerles otro mandamiento positivo de amor. ¿Cual sería el estado de las relaciones artificiales entre Gaston y el cardenal de Richelieu, cuando para que este fuese armado de aquel, fue necesario que así lo exigiese de él su hermano Luis XIII. en el tratado ó amnistía que celebraron ambos despues de la jornada de Castelnaudari? Cuando quiera que aparezca semejante suplemento en favor de algun mandatario, señal es que no desempeña bien su comision, ó que no la ha obtenido legitimamente; pero en ningun caso pueden ser los efectos del precepto adicional de caridad, superiores á los de su causa principal. Una lógica natural basta al conocimiento de estas verdades, y de la ficción que las oculta á los ojos de la multitud. De una fábula debía resultar otra. Del recurso á los espacios imaginarios en busca de un poder para el monarca, era consiguiente recurrir á otra quimera, fingiendo que la religión inspiraba un amor sagrado hácia la real persona. Removido el afecto adicional de una hechura del pueblo, con el arbitrio de elevarla al rango de criatura divina, era resultado necesario de esta ficción el urdir otra que estrajese del cielo otro amor mas cualificado. S. Pedro y S. Pa-

blo al recomendar á sus novicios el respeto y obediencia que merecen las hechuras políticas del pueblo, no lo atribuyen á la religión, ni de ella toman mandamiento de nuevo amor, para calificarlo de sagrado en favor de las autoridades. Temer á Dios, honrar al príncipe, es uno de los consejos que da á sus neofitos uno de estos Apóstoles. Yo me atrevo á decir, que si las potestades de su tiempo fuesen justas, benéficas y humanas con los nuevos creyentes, no les hubiera ocurrido tal vez la idea que obligó á S. Pedro y S. Pablo á discurrir en política, para disipar el naciente error de los Gnosticos. Por mas que el espíritu de proselitismo sugiriese á los recién conversos el pensamiento de independencia omnimoda como consiguiente á su emancipación espiritual, ellos se abstendrían de aproximarla á la práctica, si fuesen considerados, y bien tratados de las autoridades del Imperio. No de la Religión, sino de la gratitud emanaría entonces naturalmente el amor y reconocimiento hacia ellas aunque todas fuesen gentiles. Queda pues de manifiesto que la tiranía fue la madre de estas ficciones. Apelaron á ella, los tiranos y sus teólogos, porque faltando la beneficencia y liberalidad, faltaba la fuente del amor y reconocimiento. Fue menester echar mano del precepto de la caridad para con nuestros enemigos, y del de la oración por nuestros perseguidores: preceptos muy recomendados y practicados por Cristo: preceptos conciliables con el derecho de resistencia contra el opresor, cuando este se obstina en la opresión, y no quiere convertirse y restituir por medio de la caridad y oración.

En su nueva planta enlaza de tal modo el obispo los efectos de la suya con el nuevo amor facticio, que no duda declarar que si nos acercamos á los altares, sin estar penetrados de él, nuestros ruegos no subiran al cielo, quedaran en la tierra, y seran infructuosos. Pero si por el contrario, animadas nuestras preces del amor al tirano y conducidas por este vehiculo hasta el empireo, os rogaremos por la salud y felicidad de su persona y familia; vendran tiempos tranquilos, respirará la Iglesia de las angustias y tribulaciones pasadas, florecerá la monarquía española invencible á tan fieros asaltos: y todos los oprimidos tendran el consuelo de transmitir á sus descendientes la dignidad de Españoles en todo su esplendor, diciendoles: «Ved aquí hijos, la herencia de nuestro padres. ¡Que feliz descubrimiento

para los pueblos! Desde que los hombres se reunieron en sociedad, trabajan sin cesar en obtener las importantes miras de esta reunion por otros medios que ignora ó suprime maliciosamente el obispo de Ceuta: medios que hicieron felices à las tribus de Israel, mientras no se gobernaron por reyes: medios por los cuales fueron menos infelices los de la monarquia de Judá, que los del otro reino fundado por Jeroboan: medios por donde llegaron à ser muy célebres las repúblicas de la antigua Grecia, y la de los Romanos: medios, que à estos republicanos, y à los de Esparta produjeron merito para federarse con los Hebreos, y ser aplaudidos en la historia de los Macabeos: medios en fin que tanto honor hicieron à los antiguos Castellanos y Aragoneses, mientras con ellos conservaron sus constituciones, mientras con ellos daban fieros asaltos al poder arbitrario, y pudieron ser invencibles à los conatos de la usurpacion. Por iguales medios es que han florecido, otras naciones bien constituidas, é inespugnables à los fieros asaltos de la monarquia absoluta. Pero el obispo de Ceuta, abreviando el camino à la felicidad nacional, corta por el atajo, y lo reduce todo à orar por la salud, y prosperidad de un individuo, y su familia. ¡Ved aqui, pueblos de la tierra, lo que debéis à D. Estevan Gomez, mitrado de Ceuta! ¡Un hallazgo mas precioso, que el de la piedra filosofal, os presenta este prelado en el panegirico de su Rey! ¡Presuraos, Españoles, à iniciar las recompensas de un descubrimiento que os quita el trabajo de Cortes, de constitucion y gobierno representativo! ¡Me duele el que una invencion tan rara no hubiese ocurrido al desgraciado Porlier, para que por medio de ella salvase à su patria de la esclavitud! ¡Cotejad ahora este pensamiento con el de Lardizabal, espreso en una carta al cardenal Abadia, cuando le daba instrucciones para preparar buques que fuesen al Brasil en demanda de la futura esposa de Fernando! Seis, ó siete meses antes del Te Deum de Ceuta escrivia aquel ministro, haciendole à su confidente Abadia una pintura del mal estado de las cosas de España, precisamente en aquella ocasion, en que, regresando de la Isla del Elva à Paris el emperador de la Francia, llenó de consternacion à Fernando. Lardizabal concluye su carta, diciendo magistralmente, que el único remedio para tantos males era el casamiento de su amo con una princesa del Brasil. En vez de le-

vantar el alma al cielo penetrada del amor sagrado, que inspira la religion hacia los reyes, para rogar por la salud y felicidad de Fernando su hermano, y tio, hace consistir aquel ministro en un matrimonio pronto la tranquilidad de los tiempos, el respiro de la Iglesia, y el estado floreciente de la monarquia española — Lardizabal quiere que por virtud de este himeneo tengan los Españoles el consuelo de transmitir à sus descendientes la dignidad de este nombre en todo su esplendor! Cotejad, y juzgad vosotros los que mas suspirais por la prosperidad de vuestro pais oprimido. ¡Cotejad y juzgad cual de estas dos hechuras del tirano, se aparta mas del sendero de la verdad! ¡Comparad la carta del ministro Lardizabal con el discurso del Ordinario de Ceuta! Ambas piezas se hallan impresas. Yo conservo un ejemplar de la primera; y no tengo ninguno de la segunda. ¡Mirad si puede darse ignorancia mas supina que la que receta conexiones nupciales para males procedentes de falta de constitucion! [\*] ¡Ved, si es, ó no tentar à Dios el pedirle milagros, cuando en la mano tenemos para curar esta enfermedad política los medios ordinarios de su providencia! ¡Para que implorar socorros extraordinarios cuando son muy suficientes las medidas ordinarias? Pedir que Dios tome de su mano al tirano, para que ablande su corazon à la clemencia, para que lo fortalezca, y apremie à ser justo, à pesar suyo, ¡qué otra cosa es, sino pedirle, que llevando à bien el abandono que hagamos de la carrera ordinaria de todos los pueblos, nos deje recurrir à la de otro orden divino, y portentoso? ¡Qué otra cosa es sino un crimen conocido con el nombre de tentacion à Dios? No sería tentarte, si convencidos de que la masa del pueblo no podia sanar de la lepra que padecen sus derechos, sino con una medicina prodigiosa, invocásemos la de tu diestra. Yo no sé si es tal la crisis de sus hábitos morbosos. A vosotros, que estais al alcance de ella os toca el discernimiento: à vosotros los que no estais contagiados de

(\*) ¡Casarse con una jóven, nacida, y educada, no en los Estados Unidos de la América del Norte, ni en otro gobierno bien constituido, sino en una monarquia tal como la Portuguesa: ¡buen remedio por cierto para la curacion del despotismo!

este mal. El general Porlier os ha dado el mejor ejemplo. Su heroica accion es mas espresiva de su patriotismo, que lo que yo habia leido acerca de el en un impreso de Londres, cuando militaba por la libertad, y fortuna del ingrato que ha privado de ella á su patria, y de la vida á su libertador. «Los que conocen a este General, (decia el periódico en agosto de 1810) lo pintan de un caracter emprendedor y audaz, siempre pronto a sufrir cualquier genero de privaciones, y amigo de llevar la misma vida que el inferior de sus soldados. Ya no tenemos necesidad de otra pintura para conocerle mejor, que la que él mismo ha hecho en Galicia, sacrificandose por la felicidad de su pais.—Ningun otro pincel le retrata mas al vivo. Imitad, pues, sus virtudes, vosotros Españoles todos los que habeis sabido sentir su muerte, maldecir á su asesino, y despreciar las viles adulaciones del obispo de Ceuta. Marchad sobre sus pasos, vengad su sangre, consumad la obra que os dejó empezada! Así lograréis ser tan inmortales como el, como los Brutos, Catones y Macabeos. Así tendréis otra indulgencia en todos sus efectos plenísima y capaz de expiar la profanacion de la que ofrece á su auditorio el obispo de Ceuta en su atroz homilia. Así, borrada la nota de vasallos españoles, transmittiréis á vuestra descendencia la dignidad de hombres libres, diciendoles.—Ved aquí, hijos, la riquísima herencia que os dejamos.

## INDICE.

	Pág.	I
Introduccion.		
§ I. Se explica el cap. 8. de los Proverbios, y la figura ethopeya, de que se sirve Salomon en este lugar.	7	
§ II. Explicacion del c. 6. del Libro de la Sabiduría, y del origen de la autoridad y poder civil.	8	
§ III. En favor de la Soberanía del pueblo el c. 14. de los Proverbios.	19	
§ IV. Falsa idea de la soberanía.	20	
§ V. Verdadera idea de la soberanía y se desembuelven los elementos sociales.	22	
§ VI. Moyses, instruyendo á los exploradores de la tierra prometida, está por la soberanía del pueblo.	29	
§ VII. Abraham triunfa de cuatro reyes con la autoridad y poder del pueblo, declarandose por los insurgentes.	31	
§ VIII. Jacob en el c. 49. del Génesis por la soberanía del pueblo.	32	
§ IX. Otra prueba de la soberanía popular en el c. 17. del Deuteronomio.	40	
§ X. Joatan y Gedeon por la soberanía del pueblo.	41	
§ XI. De los discursos de Samuel con el pueblo resulta comprobada su soberanía.	44	
§ XII. Oséas por la soberanía del pueblo.	46	
§ XIII. En la eleccion de Saul, y otros aconte-		